## CAPÍTULO 16

# Las consecuencias del legalismo

## Gálatas 5:1-15

Cierto miembro de una iglesia a la que yo asistía me dijo en una ocasión que una dama anciana de esa iglesia los importunaba constantemente a él y a su esposa, hasta el hartazgo, reprochándoles el tipo de ropa que usaban, la clase de alimentos que consumían, los entretenimientos que elegían, la manera como guardaban el sábado, los programas que veían en la televisión.

"Ella es una ancianita sincera, y sé que su intención es buena. Pero francamente, ya estoy cansándome de esto", dijo.

"Dígale que no son asuntos de su incumbencia", le sugerí.

"Eso no es fácil, ella es una amiga de mi familia y viene a casa casi cada día", repuso él.

Dejé allí el asunto, ya que no era de *mi* incumbencia cómo manejaba él sus amistades. No obstante, este incidente ilustra la lección que Pablo compartió con nosotros en la primera mitad de Gálatas 5. El dijo allí: "Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud. He aquí, yo, Pablo, os digo que si os circuncidáis, de nada os aprovechará Cristo. Y otra vez testifico a todo hombre que se circuncida, que está obligado a guardar toda la ley" (versículos 1-3).

Pablo dijo que Cristo nos hizo libres para que tuviéramos libertad. ¿Qué significa ser libre?

Por una parte, significa ser libre de la noción según la cual somos responsables de la conducta de cada persona que está en la igle-

sia, o aun en nuestra familia. Significa también ser libres de las personas que piensan que son responsables de nuestra conducta. Y por supuesto, significa ser libres de la idea errónea según la cual nuestra salvación depende de que obedezcamos todas las normas.

No estoy diciendo que debemos eliminar las normas. Simplemente estoy tratando de poner las normas en el lugar que les corresponde. Ellas nos ayudan a vivir vidas ejemplares, y cada cristiano debería ciertamente esforzarse por alcanzar esa meta. Pero las normas no nos salvan. El hecho de obedecerlas no nos salva. Sólo Jesús y la fe en él pueden hacer eso. La libertad en Cristo nos hace libres de la noción según la cual la obediencia a las normas nos salva.

Pablo dijo: "Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud". Note que Pablo no dijo que los cristianos gálatas estuvieran imponiéndose a sí mismos un yugo esclavizante. Este yugo les estaba siendo impuesto por alguien. Y ese alguien era, por supuesto, el partido judío.

La libertad cristiana significa, entre otras cosas, que somos responsables ante Dios por nuestra conducta y que no deberíamos permitir que otros nos impusieran su propia opinión acerca de cómo deberíamos vivir. Mi amigo, quien estaba harto de la influencia controladora de aquella amiga de la familia, no sabía cómo poner en práctica el consejo de Pablo. Pero el consejo de Pablo para ese hombre y su esposa es sumamente claro: Estén, pues, firmes en la libertad con que Cristo los hizo libres, y no estén otra vez sujetos al yugo de esclavitud. No permitan que otros, a pesar de su profesa sinceridad, los presionen a adoptar el estilo de vida de ellos. Ni permitan que otros los acosen o molesten al respecto.

Las normas de la conducta cristiana son un yugo de esclavitud cuando nos las imponemos a nosotros mismos y las usamos para medir nuestra experiencia espiritual y nuestra condición delante de Dios. Ellas son un doble yugo de esclavitud cuando permitimos a otros que nos impongan su propia manera de entender las normas y juzguen la calidad de nuestra experiencia cristiana por medio de sus ideas acerca de lo que es correcto e incorrecto. Hay dos maneras como podemos permitir que otros hagan esto con nosotros. Una de ellas es cediendo a la presión moral que ejercen sobre nosotros, ade-

cuando nuestra conducta a sus convicciones aunque nuestras propias convicciones no nos exijan esa clase de conducta. La otra manera es viviendo de acuerdo con nuestras convicciones, pero sintiéndonos continuamente culpables porque otros insisten en que estamos equivocados. En ambos casos estaremos permitiendo que otra persona imponga un yugo de esclavitud sobre nosotros.

La única manera que conozco de manejar este problema es seguir el consejo de Pablo: Permanecer firmes. No permitirlo. Esto significa hacer lo que mi amigo no estaba dispuesto a hacer, decirle al perseguidor (porque eso es lo que tal persona es): "Yo soy responsable ante Dios por mi conducta, no usted, y nuestra amistad puede continuar sólo si usted deja de andar detrás de mí por las cosas que hago y que usted no aprueba". No hace falta decirlo con enojo, pero sí con firmeza. Usted no está diciendo a esa persona que no volverá a dirigirle la palabra o a asociarse con él o ella en la iglesia, sino que el nivel actual de amistad existente entre ambos no puede continuar si esa persona sigue esforzándose por controlar la vida de usted. Eso es lo que significa "echar fuera a la esclava y a su hijo" (Gálatas 4:30).

Las consecuencias de no asumir esta firme posición pueden ser serias. Pablo dijo: "He aquí, yo Pablo os digo que si os circuncidáis, de nada os aprovechará Cristo". ¡Esas son palabras fuertes!

Pablo no dijo a los cristianos gálatas: "No se circunciden ustedes mismos". Dijo: "No se dejen circuncidar" por otros. Otra vez llamó la atención a los esfuerzos hechos por el partido judío para imponer su sistema de valores a los cristianos de Galacia, y dijo: "¡No permitan eso!"

"Nadie está presionando hoy a los cristianos para que se circunciden", tal vez esté pensando usted. "El consejo de Pablo no tiene nada que ver con las normas de conducta de hoy".

Es cierto que la conducta particular en los días de Pablo difería de la actual. Pero como ya lo he señalado en el capítulo anterior, el punto principal del legalismo gálata era el control. Cuando ése llega a ser el núcleo del legalismo de hoy, es tan erróneo como el de entonces, ya sea por tratar de imponer nuestro criterio de la moralidad a otros o por permitir que otros nos impongan sus convicciones, aunque no tengan que ver con la circuncisión, aunque se refieran a

asuntos como la dieta, el entretenimiento, la observancia del sábado o la vestimenta. Los otros tienen que dar cuenta de sus vidas ante Dios, y usted y yo tenemos que hacer lo propio con la nuestra. Cada uno de nosotros es responsable sólo ante Dios por la manera como vivimos. Cada vez que permitimos que algún otro ocupe el lugar de Dios en nuestra vida, de nada nos aprovecha Cristo.

Esto no significa que la iglesia no tenga nada que decir acerca de la vida de sus miembros. Pablo mandó a los creyentes corintios que desfraternizaran a un hombre que tenía relaciones sexuales con la esposa de su padre (probablemente su madrastra). La inmoralidad sexual, el robo, la blasfemia y el homicidio están entre los pecados por los que una iglesia puede lícitamente disciplinar a sus miembros. Los adventistas del séptimo día incluyen en esa lista el consumo de alcohol, tabaco y drogas ilícitas.

Pero aun en esos casos, el asunto no debería ser controlar la vida de otras personas. Cualquier persona debería sentirse libre de beber, fumar y comportarse sexualmente como quiera, siempre que tal conducta esté de acuerdo con la ley del país donde viven. La iglesia simplemente está diciendo que una persona no puede hacer esas cosas y pretender al mismo tiempo conservar su calidad de miembro de la Iglesia Adventista. Cualquier organización tiene el derecho de fijar las condiciones requeribles para llegar a ser miembro de ese grupo y conservar su condición de tal, y la iglesia no es la excepción a esa regla.

La diferencia respecto de los asuntos que tienen que ver con el estilo de vida es el grado de "pecaminosidad" implícito y la posibilidad de que existan diferencias de opinión entre las personas convertidas. La iglesia debe disciplinar pecados serios como el adulterio, pero deberíamos respetar las diferencias de opinión acerca de asuntos de menos importancia, especialmente en los casos donde no existan orientaciones claras y cuando lo acertado o errado de una conducta sea una cuestión de juicio personal.

Por ejemplo, una mujer cristiana puede usar con recta conciencia una falda más corta, mientras que otra piensa que ese vestido debería ser más largo. Una persona disfruta escuchando un determinado estilo de música, mientras que otra prefiere otro estilo. Una per-

sona puede mirar un programa de televisión que su amigo o amiga cristianos encontrarían inadecuado para ellos.

La cuestión no es si una de las personas está en lo correcto mientras que otra está en lo incorrecto. Continuamente me encuentro con personas que hacen cosas que mi conciencia no me permitiría hacer. La cuestión es si esas personas tienen el derecho de vivir en armonía con sus conciencias, libres de la presión que yo podría ejercer sobre ellos y libres de mis chismes acerca de su conducta.

Algunas personas parecen emocional e intelectualmente incapaces de reconocer que tales diferencias de opinión pueden ser toleradas y de entender que aun así es posible tener una "buena" iglesia. Según ellos, cada asunto es blanco o negro, tan claramente blanco o negro que cada cristiano debe ser capaz de estar de acuerdo con los demás acerca de qué es blanco y qué es negro. Por supuesto, como lo señalé en el capítulo anterior, esas personas están siempre seguras de que su opinión es la única acertada, y piensan que quienquiera que piense de otra manera está del lado equivocado. No pueden admitir que exista una variedad de opiniones acerca de un mismo tema, eso que a veces llamamos pluralismo. Algunas personas son los peores legalistas dentro de la iglesia. Pueden dividir una iglesia por la mitad. Son capaces de sacar de la iglesia a grandes cantidades de cristianos débiles y, a pesar de eso, felicitarse piadosamente a sí mismos por haber mantenido en alto las normas de la iglesia.

Me gustaría analizar seguidamente un tema que se está convirtiendo en un foco de creciente contención dentro de la Iglesia Adventista: el uso de joyas o de bisutería (joyería de imitación) como aros, collares, etc.). Durante mis primeros 40 años de vida, yo podía distinguir en la iglesia entre las damas adventistas y las que no lo eran. Las adventistas nunca usaban aros o adornos por el estilo. Cuando yo daba la bienvenida a la iglesia a una dama que tenía aros, collares o brazaletes, estaba seguro de que esa persona no era adventista.

Sin embargo, durante la década del setenta, y en forma creciente durante la del ochenta, las damas adventistas comenzaron a usar esa clase de adornos, especialmente aros pequeños y, en menor escala, collares. Todavía recuerdo cuando hace varios años yo tenía que

hacer un esfuerzo consciente para no juzgar a esas damas por la clase de adornos que usaban. Esa era una cuestión entre ellas y Dios, no entre ellas y yo. Es enteramente posible que en varios casos la relación de esas damas con Dios fuera menos que ideal. Pero yo permito que ése sea un asunto de ellas. Hasta el día de hoy me resisto a menospreciar a esas personas por la elección que hacen en materia de adorno personal. Me niego a hablarles de eso y a criticar delante de otros la decisión que ellas tomaron.

Veamos ahora las consecuencias del legalismo. Pablo dijo: "De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído. Pues nosotros por el Espíritu aguardamos por fe la esperanza de la justicia; porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor" (Gálatas 5:4- 6).

Pablo destaca en este pasaje algunas cosas acerca de quienes tratan de ser justificados por la ley. Algunos cristianos no logran aplicar este consejo a sí mismos porque aseguran creer en la justificación por la fe. Pero su insistencia en juzgar la espiritualidad de las personas mediante la conformidad de éstas a ciertas normas de comportamiento es una clara evidencia de que la ley es para ellos más importante que la gracia. Pablo dijo dos cosas acerca de quienes tratan de ser justificados por la ley: 1) Se "desligaron" de Cristo, y 2) "han caído de la gracia".

Desligarse de Cristo significa no tener relación alguna con él. Si lo que nos salva es una relación especial con Cristo, el hecho de estar desligados de él significa la inexistencia de tal relación, y la consecuencia de ello es la pérdida de la vida eterna.

Pablo fue un paso más allá y dijo: "Los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído". Caer de la gracia significa caer del estado de salvación que el creyente disfruta cuando está bajo la gracia. Significa estar perdido.

¡Las consecuencias del legalismo son serias!

Ya hemos hablado lo suficiente acerca del legalismo por el momento. ¿Cómo es un verdadero cristiano? Pablo dijo: "Por el Espíritu aguardamos por fe la esperanza de la justicia". La justicia que

"aguardamos" está en contraste con la justicia según la ley, enseñada por el partido judío.

Una pregunta que podemos hacer aquí es: Cuando Pablo habló de "la esperanza que aguardamos", ¿estaba pensando en la justicia de Cristo que sustituye nuestra conducta pecaminosa y de esa manera nos salva, es decir, la justificación? ¿O estaba pensando en la conducta justa del cristiano que ha sido transformado interiormente, lo que comúnmente denominamos santificación?

Una consideración cuidadosa del pasaje en cuestión me sugiere que Pablo tenía en mente la santificación. En primer lugar, la justificación, que nos pone legalmente en armonía delante de Dios, no es algo que el cristiano aguarda. Aguardar significa anticipar algo que se encuentra en el futuro. Pero la justificación ocurre instantáneamente, en el momento mismo cuando confesamos nuestros pecados y ponemos nuestra fe en Cristo. La justificación produce nuestra certeza de salvación y eso es algo que no necesitamos esperar o aguardar. Podemos *saber* que tenemos eso *ahora* (véase 1 Juan 5:12, 13).

La santificación, por otra parte, ocurre de manera más gradual. Puede decirse ciertamente que esperamos que ocurra un cambio en nuestra conducta por medio de la transformación del corazón.

Pablo dijo en Gálatas 5:6: "Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor". A muchos legalistas les resulta difícil expresar amor a quienes transgreden sus normas de conducta. ¿Recuerda usted los ejemplos de legalismo que mencioné en el capítulo anterior? Una característica común a los cuatro casos era que quienes se sentían ofendidos eran incapaces de mostrar amor a quienes ellos percibían como pecadores. Los legalistas dirán: "Su presencia está dañando la moral de la iglesia". El cristiano dirá en cambio: "Estoy tan feliz de verte en la iglesia hoy". Recibirán al pecador con un abrazo y le dirán: "Siento interés por ti". Los verdaderos cristianos no miran con ceño a los pecadores, sino que les sonríen.

Tal vez usted ha comenzado a reconocerse como un legalista a la luz de las descripciones que he hecho en el presente capítulo y en los previos. Si usted es un legalista, espero que se haya dado cuenta de ello. Y lo digo con cariño, pues tengo buenas noticias para usted. Dios puede perdonar el legalismo así como puede perdonar cual-

quier otro pecado. Más aún, él puede ayudarlo a usted a vencer su legalismo. *Es* posible escapar del legalismo. Probablemente sea uno de los pecados más difíciles de abandonar pues es muy penoso reconocer que existe en nosotros mismos. Pero no se desanime por el hecho de que sea *difícil*. Lo que importa es que es *posible*. Analizaremos esto mucho más detenidamente en el próximo capítulo.

Hablemos de Gálatas 5:7-12: "Vosotros corríais bien; ¿quién os estorbó para no obedecer a la verdad? Esta persuasión no procede de aquel que os llama. Un poco de levadura leuda toda la masa. Yo confío respecto de vosotros en el Señor, que no pensaréis de otro modo; mas el que os perturba llevará la sentencia, quienquiera que sea. Y yo, hermanos, si aún predico la circuncisión, ¿por qué padezco persecución todavía? En tal caso se ha quitado el tropiezo de la cruz. ¡Ojalá se mutilasen los que os perturban!"

Pablo habló muy específicamente acerca de quiénes estaban creando problemas en Galacia. No dio nombres, pero no cabe duda de que estaba refiriéndose a ciertas personas en particular. El dijo: "Vosotros corríais bien; ¿quién os estorbó para no obedecer a la verdad?" Los cristianos gálatas ciertamente sabían quiénes los habían estorbado. Sabían exactamente quiénes eran los miembros del partido judío y quiénes simpatizaban con éstos en las congregaciones de Galacia.

En el versículo 10, Pablo dijo: "El que os perturba llevará la sentencia, quienquiera que sea". Note que Pablo usa la forma singular al referirse al partido judío. Probablemente tenía en mente a una persona específica. Un grupo de personas se había infiltrado en las iglesias de Galacia y una de esas personas era sin duda el líder del grupo. He allí la razón por la que Pablo se refiere a *"el* que os perturba". Pablo podría haber dado un nombre específico. Probablemente sabía cuál era ese nombre, pero prudentemente dejó ese dato fuera de una carta que debía ser públicamente leída en la iglesia. Ello constituye un ejemplo de cómo deben ser tratados los legalistas que hay en la iglesia: con firmeza, pero también con amabilidad.

Pablo dijo finalmente —y ello indica que más de un representante del partido judío había llegado a Galacia—: "¡Ojalá se mutilasen los que os perturban!" La expresión traducida como mutilar significa en verdad emascular, castrar. ¡Pablo estaba realmente enojado!

Lo que él está diciendo es: "Me gustaría que estos perturbadores llegaran hasta las últimas consecuencias y se castraran a sí mismos".

En el versículo 9, Pablo dice algo que encuentro sumamente significativo: "Un poco de levadura leuda toda la masa". Pablo se refería a que si no se le ponía freno, el espíritu legalista del partido judío envenenaría finalmente el cuerpo entero de la iglesia cristiana en Galacia.

Lo mismo es cierto hoy. El legalismo que no es detenido se esparcirá y crecerá. Y hay una buena razón que explica ese fenómeno: a primera vista parece muy razonable. Los seres humanos no podemos ver cuál es la condición del corazón de las personas, pero podemos ver cómo es su conducta. Así que establecemos normas que nos permiten medir la conducta, y entonces juzgamos la conducta de los demás. En poco tiempo, el espíritu crítico de una persona, que parece tan razonable porque se refiere a algo que es visible y mensurable, se esparce por toda la iglesia. Al igual que una cucharada de levadura, trabaja desde el interior y afecta a toda la masa. Como un diminuto cáncer maligno, ha infectado todo el cuerpo.

Creo que la solución para este problema se encuentra en 1 Corintios 4:5: "Así que, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones".

La razón por la que Dios nos dice que no debemos juzgarnos unos a otros en este mundo no es que nos falte inteligencia. Lo que nos falta es información. No podemos leer el corazón. Las personas a quienes consideramos pecadoras sobre la base de una observación exterior pueden, no obstante, tener una relación estrecha con Jesús en su interior. Por otra parte, hay personas cuya conducta nos parece de lo más ejemplar y que tal vez estén siendo indulgentes con los pecados más ofensivos dentro de sus corazones y en su vida privada.

Somos suficientemente inteligentes como para juzgarnos unos a otros ahora. Y uno de estos días, cuando Cristo regrese, Dios nos dará toda la información necesaria para hacer eso. Entonces, "el Señor... aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones". Entonces tendremos pleno derecho de evaluar la experiencia cristiana de otros, especialmente la de quienes no estén junto a nosotros en el reino de Dios. Entonces en-

tenderemos, como Dios y los ángeles entienden ahora, por qué algunas personas que parecen tan ejemplares en esta vida no recibirán la vida eterna. También entenderemos por qué algunos acerca de los cuales pensábamos que nunca llegarían al reino de Dios estarán allí.

En última instancia, el legalismo es el esfuerzo por usar nuestra inteligencia, lo cual es adecuado, para juzgar a otros basándose en datos que no son adecuados. Desafortunadamente, por cuanto el legalismo es tan visible y mensurable, parece adecuado; parece razonable y correcto. Y ésa es la razón por la que puede esparcirse tan rápidamente a través de toda una congregación.

Es necesario un discernimiento espiritual especial por parte de los dirigentes de una congregación para evitar que este espíritu tome el control de toda una iglesia.

Me gusta lo que dice Pablo al comienzo de Gálatas 5:10: "Yo confío respecto de vosotros en el Señor, que no pensaréis de otro modo". Pablo expresó su confianza en los cristianos de Galacia. Esta es una de las cosas que a los legalistas les resulta muy difícil. No pueden confiar en que otros emitan juicios correctos. Esa es la razón por la que intentan tan vehementemente imponer su propio juicio sobre los demás. Temen que otros se equivoquen. En su "gran amor" y "profunda preocupación" por otros, quieren ayudarlos a encontrar la vida eterna. Los legalistas preferirían retorcer con sus propias manos el pecado que hay en la iglesia antes que creer que los pecadores pueden vencer esos pecados en virtud de su relación con Dios.

Pablo no era de esa idea. Él expresó plena confianza en que los cristianos gálatas vencerían la tentación del legalismo, en que superarían eso y crecerían en su experiencia cristiana. Creo que tenía una confianza particularmente firme en que los dirigentes de la congregación de Galacia impedirían que el legalismo del partido judío tomara el control de sus iglesias. Confiaba en que estos líderes "echarían fuera a la esclava y a su hijo" (Gálatas 4:30).

Hablemos brevemente de Gálatas 5:13-15: "Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros. Porque toda la ley en esta sola palabra se cumple: Amarás

a tu prójimo como a ti mismo. Pero si os mordéis y os coméis unos a otros, mirad que también no os consumáis unos a otros".

Hay un punto en el que coincido con los legalistas. Las elevadas normas de la conducta cristiana son importantes. Pablo destacó ese hecho cuando dijo: "Vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que *no uséis la libertad como ocasión para la carne"*. Las normas cristianas son una manera de definir la clase de conducta que es aceptable y la que no lo es bajo la ley del amor para con los demás. El problema es que los legalistas ponen la norma por encima del amor. Para ellos es más importante que una persona esté en armonía con las normas. No logran comprender cuán desamorados son en sus esfuerzos por "ayudar" a otros.

Pablo no tenía la intención de rebajar las normas de la iglesia o las normas de la Biblia. Los cristianos no deben ser indulgentes con su naturaleza pecaminosa, y, en consecuencia, tampoco deben comportarse de maneras que son obviamente una expresión de la naturaleza pecaminosa. Pero la motivación que debe animar esas elevadas normas debe ser el amor para con los demás, y no la observancia de las normas en sí mismas. Quienes insisten en las normas elevadas sin amor, y quienes tratan de controlar a otros, están siendo indulgentes con su propia versión de la naturaleza pecaminosa.

Me gustaría concluir este capítulo con el versículo 15: "Tengan cuidado, porque si ustedes se muerden y se comen unos a otros, llegarán a destruirse entre ustedes mismos" (versión *Dios habla hoy).*

Difícilmente las actitudes legalistas de unos pocos se harán extensivas a toda una congregación. Lo que es mucho más probable es que se produzca una división en la iglesia, entre quienes adoptan las opiniones estrechas de los legalistas y quienes no lo hacen. Desafortunadamente, resulta muy difícil tratar con los legalistas ya que sienten una gran necesidad de controlar a otros y se niegan a dejar de criticar. En su momento, esto desemboca en algo que es casi tan malo como una congregación entera convertida al legalismo: la guerra dentro de la iglesia.

Y es muy probable que eso fuera lo que ocurrió en Galacia. La insistencia del partido judío en que los gentiles se sometieran a la circuncisión y a las otras leyes ceremoniales judías había dividido a la iglesia de Galacia en dos bandos. En el momento en que Pablo es-

cribió su Epístola a los Gálatas, aquella división se había convertido en una guerra verbal de enojo, acusaciones, denuncias y recusaciones. Puede que la división estuviera delimitada por fronteras étnicas, con los cristianos judíos de parte del partido judío, y los cristianos gentiles del lado de Pablo.

Cuando pensamos en el legalismo como un deseo de obtener el control, es inevitable que esta división ocurriera en las congregaciones de Galacia. Tales divisiones pueden ocurrir en cualquier congregación donde un grupo trata de controlar a otro. Y este problema terminará, tarde o temprano, produciendo heridas emocionales, relaciones rotas y vidas arruinadas. Miles de jóvenes han abandonado su relación con la iglesia, y algunos han abandonado también su relación con Dios, por los esfuerzos que los legalistas de la iglesia han hecho para controlarlos. Jesús dijo que a esos legalistas les convendría que se les atase al cuello una piedra de molino y se les arrojase al mar (véase Lucas 17:1, 2). No es de maravillarse que Pablo advirtiera a los cristianos gálatas en los siguientes términos: "Tengan cuidado, porque si ustedes se muerden y se comen unos a otros, llegarán a destruirse entre ustedes mismos" (versión *Dios habla hoy).*

Por eso es tan importante que tengamos una comprensión correcta de las normas y de cómo vincularnos con ellas en nuestras relaciones interpersonales. Por eso es tan importante que aprendamos a ser amorosos, comprensivos y amables con quienes no ven las cosas exactamente como nosotros, o no han alcanzado el mismo grado de desarrollo que nosotros en su experiencia cristiana.

Recuerdo una declaración de G. R. Beasley-Murray: "El camino hacia la cruz siempre ha sido más fácil para el publicano que para el fariseo". [1]

¡Hagamos nuestro camino hacia la cruz tan fácil como sea posible! Oremos para que Dios nos ayude a comprender el legalismo que existe en nuestro propio corazón. Pidámosle que nos ayude a entender lo que significa realmente ser libres en Jesús.

---

[1] *The New Century Bible Commentary* [Comentario biblico del nuevo siglo] (Londres: Marshall, Morgan y Scott, 1974), p. 105.